

LA IMAGEN PRIMORDIAL Y SU TRANSCENDENCIA EN EL RACIOVITALISMO

ARAS, Roberto Eduardo: *El mito en Ortega*. Navarra: Eunsa, 2008, 384 p.

CONCHA D'OLHABERRIAGUE

ORCID: 0000-0003-4269-3266

El libro que nos disponemos a comentar es la reelaboración de una tesis doctoral de cuya lectura se dio cuenta en el número doble 8/9 (2004) de esta revista. El título ha perdido, con buen criterio, la segunda parte, *Dinámica del origen*, pues lo que se estudia en este trabajo comprende también el impulso y el sentido que imprimen las figuras míticas a los proyectos pedagógicos y reformadores de la tarea orteguiana, así como su función y su simbólica. Pero no sólo esto. Estamos ante una investigación seria y necesaria, que viene a colmar un vacío existente en la hermenéutica orteguiana. Roberto E. Aras, bajo la dirección del profesor Juan Cruz Cruz, a quien menciona en el prólogo, recorrió en su trabajo doctoral el complejo significado del mito y sus diversos alcances y formulaciones en la obra y en la escritura de José Ortega y Gasset en relación con su proyecto pedagógico y metafísico. Y lo hizo de una manera, creo yo, sumamente certera tanto en el planteamiento cronológico como en la dirección sin prejuicios del enfoque. Había, es cierto, diversos trabajos parciales sobre la mitopoiética del filósofo y, en especial, sobre el mito del origen del hombre –y del lenguaje– y sus dos versiones. Disponemos igualmente de repertorios filológicos de los mitos

clásicos en Ortega. Por no resultar tediosa, mencionaré, tan sólo como muestra, a Luis Díez del Corral, Francisco José Martín y Luis Miguel Pino Campos, autor a quien no se refiere Aras. Faltaba, no obstante, una indagación que fuera más allá y rastreara con minuciosidad la presencia de lo mítico, visible o actuante, expresa o aludida, en Ortega; y, sobre todo, que abordara la interpretación de tal asiduidad y riqueza de matices a lo largo de cincuenta años largos, cosa que, como indica Aras en su introducción (p. 37), da cuenta de la relevancia y problematicidad que hay que atribuir a este asunto.

Pues bien, ahora, tras la conversión en libro del anterior trabajo académico, dispone el lector del pensador de El Escorial de un estudio que compila, reordena y enaltece la semiosis del mito en su obra ateniéndose a una disposición temática que se despliega, asimismo, en etapas: una, la inicial, a la cual denomina “estético-política”, y otra que, arrancando, *grosso modo*, de la década de los treinta recibe el nombre de “histórico-filosófica”. No se trata, empero, de una división cómoda ni tajante ni simplificadora, ni de una mirada externa, como pudiera parecer a primera vista. Roberto E. Aras –y, con él, todo conocedor de la escritura de Ortega–, sabe muy bien cuán impropio sería obrar de esta manera y por ello advierte y precisa con claridad que los adjetivos por él elegidos para los períodos no denotan en modo alguno una secuencia de intereses sino más bien una “concentración” mayor en un momento dado, ya que el filósofo no cance-

Cómo citar este artículo:

D'Olhaberriague, C. (2008). La imagen primordial y su transcendencia en el raciovitalismo. Reseña de “El mito de Ortega” de Roberto E. Aras. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (16/17), 310-312.

<https://doi.org/10.63487/reo.574>



la sus preocupaciones y éstas, a su vez, muestran anticipos o atisbos antes de exhibirse en su concreción más granada (véanse, a este respecto, las notas 56 y 57 de la "Introducción", pp. 40 y 41). La delimitación temporal establecida por Aras guarda relación, además, con la mayor radicalidad que se observa en el modo de filosofar orteguiano a partir de la lectura de *Sein und Zeit* de Martin Heidegger, aspecto resaltado, entre otros, por Pedro Cerezo, a quien sigue el autor del libro tal y como él mismo indica (p. 50). La tercera y última parte, "Mito y el origen de la filosofía", ahonda en el núcleo de la segunda etapa, la histórico-filosófica.

Para barruntar en virtud de qué surge esa manera específica de pensar a la que se denominó primero *alétheia* y, más tarde, filosofía, es preciso, según el autor de este estudio, echar mano, una vez más, de la fructífera y fundamental distinción orteguiana entre ideas y creencias. El hombre ha tenido otras varias apoyaturas antes de ponerse a discernir entre verdad y error, de sentirse forzado a elegir, de plantearse una alternativa perentoria. El mito, la magia, la adhesión sin fisuras a las creencias que conocemos con el nombre de fe no convivían con la duda. Cuando ésta aflora, cuando el hombre cae en ella al tiempo que se resquebraja su mundo de creencias tradicionales, nace la filosofía, sostiene Aras basándose en los textos orteguianos de los años cuarenta –incluyendo las imprescindibles fichas o notas de lectura y trabajo– y en especial en *La idea de principio en Leibniz* y en el *Comentario al "Banquete"* de Platón; mas la duda, subraya el exégeta

orteguiano, no comporta la corrupción de la creencia sino que es más bien su expresión (nota 28, p. 341), y, por ende, es circunstancial o histórica. Así, la duda griega es vista por Ortega, con mirada retrospectiva, como el anticipo de la duda metódica, la cual actúa cada vez que la filosofía nace y renace.

Quedan expuestos hasta aquí, de forma somera, el tema del libro y su disposición así como el juicio muy favorable que me suscitó su lectura. Intentaré, en lo que sigue, una aproximación más ceñida y detallada de los puntos más significativos y de los aciertos más destacables.

Aras identifica y jerarquiza las fuentes orteguianas en lo referente al mito y llama la atención sobre el hecho de que, paradójicamente, no sea Vico, pese a la proximidad de su concepción básica vital con la del filósofo español, una de las principales. Platón, Aristóteles, Schelling y Nietzsche son, en su criterio, los autores de los que el filósofo extrae el apunte inicial y básico, el "subsuelo"; luego vendrán otros influjos: Freud, Cohen, Dilthey, Bergson, Cassirer, que constituyen el "suelo", y los escritores etnólogos a los que lee con tanto interés en las dos décadas finales de su vida: B. Malinowsky y Levy-Brühl. No hay en Ortega una visión unidireccional ni reductora de la noción filosófica de mito, sostiene el autor, y ello exige –a su entender– una atención irrestricta a todos los contextos en los que aparece este vocablo, usado alguna vez, incluso, en su acepción coloquial de falsedad; tampoco se propone elaborar una teoría ni indagarlo con afán filológico, pese a que nunca

deje de elucubrar acerca de su potencial simbólico y funcional para la vida humana y para sus proyectos personales pedagógicos y filosóficos. En estos términos lo sintetiza Aras: "La imagen mítica actúa, pues, en un doble sentido: recuperando el relieve emocional de nuestras experiencias pasadas y proyectando hacia el futuro nuestro camino de realización en la circunstancia, como un verdadero modelo de acción" (p. 95).

Como ocurre en otros temas centrales de la palabra orteguiana tales como la metáfora o la etimología, es el propio pensador quien con sus enunciados traza el mapa de aproximación y hasta el camino que hemos de recorrer para no desorientarnos. Así lo ve inteligentemente Aras, quien nos propone como concepto representativo de la primera época la definición de "hormona psíquica", que atribuye Ortega al mito en "El Quijote en la escuela", con la cual rescata la vitalidad genitrix que se alberga en el estrato más abismal y primigenio de la cultura (p. 48). En el apartado final de la primera parte del libro, titulado "El juego metafórico" (p. 180), se esclarece la proximidad y gradación establecida por Ortega en *Investigaciones psicológicas* entre mito y metáfora, punto crucial, ya que, como dice Aras: "Analizar el uso y la potencia asignada por Ortega a la expresión metafórica es otro camino de penetración hacia el valor del mito en su filosofía" (p. 181).

Resulta difícil en una reseña de esta magnitud dejar constancia cabal de los muchos y complejos aspectos del mito tocados en este ensayo. La densidad de la reflexión expuesta aconseja recomendar que sea más bien la lectura del libro, y no un comentario sobre el mismo, lo que lleve al lector a hacerse una idea de la importancia de la empresa acometida por el autor.

Nos encontramos, en suma, ante una obra bien escrita, de agradable lectura que introduce al lector en uno de los temas más apasionantes, polisémicos e iluminadores del pensamiento orteguiano. Entrar en él, abordarlo al trasluz del mito permite asistir al *fieri* del ejercicio reflexivo y engarzar con el humor de la metaforización, raíz y núcleo del logos. Se trata de un ensayo que enriquece el conocimiento de nuestro filósofo y que, como debe exigirse a todo trabajo de investigación, brinda vías de desarrollo para ser exploradas o profundizadas. Quisiera resaltar el acierto en la elección de las citas y las obras estudiadas como puntales y miradores de una escritura tan abigarrada y difícil de deslindar y describir como es la de Ortega. En ello radica gran parte del buen logro del libro. Es de elogiar, igualmente, la capacidad de síntesis y recapitulación del autor, quien, como buen retórico, repasa sucintamente, al final de cada parte, el trayecto recorrido.